

V.

—¡Diablo! dijo Ciervo-veloz; espera.

Y tomando del fuego una tea, se levantó y se acercó adonde estaba colgado el arnés.

Al acercarse vió al caballero del Aguila Roja reclinado en el lecho sobre uno de sus brazos, y encontró su mirada fija y lúcida.

—Perdonad, dijo; pero si mirábais así cuando veníais hacha en mano contra los compañeros, entiendo lo que ha sucedido; y aunque Farfan no se acordó de mí para ponerme á vuestro sueldo, sin duda porque para Farfan no hay ni muertos ni idos, yo me ofrezco por vuestro escudero: y ahora dejadme ver por donde le entró la muerte á Pero Rojo.

Y alzó la tea.

En el costado derecho del coselete, en medio de una de sus fajas, habia una abertura triangular.

En la adarga habia otra abertura semejante. La moharra de la lanza no relucia, estaba cubierta por una capa de color rojo oscuro.

—Pues algo mas que su arnés y que la cobertura de su caballo y que su sobrevesta ha entrado aquí de Pero Rojo; ha entrado parte de su sangre seca en el hierro de esa lanza; y perdonad otra vez, capitán, pero parece mentira que con una mano tan pequeña hayais falseado una adarga y un arnés tan fuertes. Estoy dispuesto á contaros todo lo que pasa.

Y se volvió al hogar, arrojó la tea al fuego, y se sentó.

Farfan, con el aplomo de un cocinero consumado, revolvia en la sartén que chirriaba los tasajos del cervato.

CAPITULO III.

EN QUE SE SABE EL ENCARGO QUE HABIA TRAIIDO DE VALLADOLID CIERVO-VELOZ, Y EL CABALLERO DEL AGUILA ROJA CUENTA LA HISTORIA QUE VERAN NUESTROS LECTORES.

Levantóse el caballero, se acercó al hogar y se sentó.

—Hablad, dijo á Ciervo-veloz.

—Pues habeis de saber, dijo este, que nosotros somos unos buenos hombres que preferimos el oficio de aventureros libres, dispuestos á servir á quien mejor nos pague, á estar echando el alma sobre el terruño para no sacar mas que miseria.

Cada uno de nosotros ha servido sabe Dios á cuántos señores, y por último, como ahora parece que se han avenido con la reina el infante don Juan y el señor de Vizcaya y el señor de Lara, y que va á haber paz, nos encontramos con que el infante don Juan á quien habíamos servido, dijo á Pero Rojo en Valladolid:

—Ya no soy rey, me someto á mi sobrino el señor rey don Fernando; no os necesito, y os dejo en libertad para que sirvais al que os necesitare.

Esto era lo mismo que decimos: id, y buscaos la vida.

—Pero, añadió el infante don Juan, si podeis manteneros cerca de Valladolid mientras yo esté en él, ó cerca del lugar donde estuviese la córte, os lo agradeceré, porque puede ser que os necesite.

Esto era lo mismo que decirnos: manteneos robando cerca de mí, no os doy sueldo, podrá suceder que os lo dé mañana, esperad.

Nos vinimos á la Selva del Abrojo, que está sobre el camino, y hemos vivido merodeando los contornos.

No nos habíamos de morir de hambre; así vive mucha gente en Castilla.

Pues viniendo á la causa de haber yo ido á Valladolid, por lo cual no pude encontrarme en la muerte del otro capitán, sabed que este recibió aquí, en esta misma choza, una carta del infante, la leyó y me dijo:

—Ciervo-veloz, recobra por algun tiempo tu vestido y tus armas de montero, es necesario no inspirar sospechas; véte á Valladolid y espera en el Esgueva cerca del Molino de las Palomas; allí irá á encontrarte una persona; toma la mitad de este pergamino.

Y le partió.

—Y cuando esa persona llegare, continuó, y te preguntare si tienes algun pedazo de algo que mostrarle, le presentas el pergamino. Despues haces lo que esa persona te mandare.

Partí, y llegué en muy poco tiempo, en una carrera, porque por algo me llaman á mí Ciervo-veloz.

Habia salido á puestas del sol, y llegué al Molino de las Palomas al oscurecer.

Poco despues llegó un hombre á caballo.

Al verle le reconocí.

Era el alcaide de los escuderos del infante; un africano bravo como un leon que se llama Ben-Tayde.

Me preguntó si era de las cercanías, y le dije que no.

Me pidió que si tenia algo que mostrar á alguien se lo mostrase, y le enseñé la mitad del pergamino en que habia algunos garrapatos partidos.

—Sígueme, dijo Ben-Tayde.

Y yo le seguí.

Metíome en Valladolid y en una casa cerca de San Pablo, en donde habia mucho boato y mucha servidumbre.

Al entrar, vi que bajaba por las escaleras una dama muy hermosa, aunque ya de años, seguida de pajes y dueñas.

—¿Quién es esa princesa? pregunté á Ben-Tayde.

—Tienes razon, me dijo; princesa es, porque es doña María de Haro, esposa del infante don Juan, tu antiguo señor y mio.

—¿Conque en casa del señor infante estamos?

—Sí, y voy á aposentarte en ella: en Valladolid permanecerás hasta que te se necesite.

—¿Y adónde va á estas horas la señora esposa del señor infante don Juan?

—¿Adónde ha de ir, sino al Alcázar Viejo, á pasar parte de la velada con la reina? me contestó Ben-Tayde, á quien me pareció incomodaba mi pregunta.

No pregunté mas.

Ben-Tayde me llevó á una gran cuadra en el patio donde habia muchos lechos de servidores del infante.

Mandó que pusiesen otro para mí, que me diesen de comer y de beber, y se fué.

En Valladolid he estado cinco dias, vagando ocioso y atisbando todo lo que pasaba y oyendo todo lo que se decia en los corrillos de la Plaza y del Ochavo y del átrio de Nuestra Señora de la Antigua.

Habia allí y hay gente de todos colores, quiero decir, de todos los bandos, y no se ven por todas partes mas que armas y arneses, que no parece sino que Valladolid es villa cercada, y que nadie se quita la loriga temiendo á cada momento un rebato.

En el Campo Grande tienen sus tiendas los ginetes y los peones de don Juan Nuñez de Lara, y junto al Puente Largo las suyas don Diego Lopez de Haro; el infante don Juan no las tiene en ninguna parte, porque como he dicho ya, las despidió al venirse para Castilla cuando nos despidió á nosotros.

La gente anda cuidadosa porque nadie se fia del avenimiento con la reina de los señores que tanta guerra la han dado.

Se murmura de la ausencia del tutor del rey don Enrique el Senador, y se dice que si se ha ido á la Andalucía no ha sido con otro objeto que con el de vender al rey de Marruecos por algunos cuentos de maravedises la villa de Tarifa, y con estos maravedises tomar gente á sueldo, la bastante para que no puedan hacerle sombra los otros señores, cada uno de los cuales quiere ser el solo que mande.

Pero dicen que la reina, que siempre está al cabo de todo, ha enviado allá á la frontera de moros con buen golpe de gente á Guzman el Bueno, que hace como que se entretiene sobre la frontera del rey moro de Granada, y que no está allí sino para impedir la traicion del infante, si, como se murmura, pretende vender á Tarifa.

II.

—¿No decís que se dice también que la reina se casa con el infante de Aragon don Pedro, y que el infante viene con ese propósito de la Andalucía, donde estaba con don Enrique el Senador? Si don Enrique quiere hacerse dueño de todo por la fuerza, ¿cómo es que no impide que el infante de Aragon venga á casarse con la reina doña María?

—Lo uno no quita á lo otro; por el contrario, lo otro debe servir para lo uno, esto es, que como dicen que la reina doña María no quiere casarse con el infante, don Enrique el Senador quiere obligarla á que se case con él; y para obligarla necesita mas gente que la que tienen los otros señores, que ayudarian á la reina por sacarla mercedes; y como para tener mucha gente á sueldo se necesita mucho dinero, y no teniéndole don Enrique porque no hay judío que se lo preste (tan mal ha pagado sus

deudas anteriores), quiere sacarlos de la venta de la villa de Tarifa al rey de Marruecos.

—¿Y qué interés tiene don Enrique en que el infante de Aragon se case con la reina doña María?

—Cosas son esas que se han tratado entre el rey de Aragon y el infante don Enrique. El rey de Aragon tiene puesto el ojo en algunas villas y castillos de éstos reinos, los cuales tendria fácilmente si su hermano se casase con la reina, y de estas villas y de estos castillos se daria alguno al infante don Enrique.

—¿De qué círculos tan miserables se vale la traicion, dijo el caballero del Aguila Roja, y qué insensata y qué necia es la ambicion que engendran los traidores! ¿Pues no ven que los otros poderosos señores castellanos no dejarian engordar de tal manera al infante don Enrique, y que tomando pretesto del casamiento de la reina con el infante de Aragon se irian al bando de los infantes de la Cerda?

—Pero los infantes de la Cerda no tienen mas que lo que les da el rey de Aragon, porque el rey de Francia se contenta con oprimir al Santo Padre, para que no conceda á la reina la dispensacion de su parentesco con su difunto marido el rey don Sancho.

III.

—Se me antoja, dijo Farfan, que dentro de poco va á venir el asunto á lanzada limpia.

—Venga cuanto antes, dijo el caballero; que Dios dé el triunfo á quien tiene la razon y el derecho; acabemos de una vez.

—Me parece, dijo Ciervo-veloz, que las lanzadas están ya encima, y que los primeros que las demos hemos de ser nosotros, porque como el infante don Juan ve que con el casamiento de la reina con el infante de Aragon no le queda otro medio que so-

meterse ó irse á tierra estraña, y ya que no es rey quiere como tío carnal la tutela del rey, ha pensado ganar el negocio por la mano, y para esto y no mas que para esto escribió á Pero Rojo le enviase uno de sus hombres de mas confianza, y para eso fuí yo á Valladolid sin saberlo, y no lo he sabido hasta esta tarde en que Ben-Tayde me dijo:

—El señor infante te llamó, ven.

Y me llevó á una cámara donde el infante estaba.

Conocióme porque me habia visto muchas veces cuando yo le serví á sueldo, y me dijo:

—Me alegro de que te haya enviado Pero Rojo mejor que á otro, porque eres hombre que vales. Ahora bien, dime, ¿no habeis encontrado por los alrededores de Valladolid á una dama muy hermosa que anda errante con algunos caballeros?

Como no habíamos visto tal dama, le respondí que no.

IV.

—¡Ah! dijo el caballero: esa debe ser la sultana Zayda Fatima, hija del rey de Granada, que vino á Castilla hace tres años, se cristianó, y la reina la hizo su dama, y mas que su dama su amiga; ya os contaré la historia de esa señora; pero continuad vos.

—Pues el infante me dijo:

—Es posible que esa tal dama se haya ido á la Andalucía á ampararse de Guzman el Bueno, de quien malas lenguas dicen andaba grandemente enamorada.

—Puede ser, dijo el caballero; porque Guzman el Bueno es digno del respeto de todos los hombres y del amor de todas las mujeres. Pero yo sé bien, porque conozco mucho á la sultana Zayda Fatima ó doña María de Granada y de Molina, que así la llamaron al bautizarla, porque María se llama la reina, porque

la sultana era de Granada, y lo Molina porque la amadrinó la reina. Doña María de Granada, repito, por mucho que amase á Guzman el Bueno, no se lo diria nunca, porque Guzman el Bueno es un hombre casado.

—Mucho fiais en esa mora, dijo Farfan.

—No tanto como merece se fie en ella; pero continuad.

—Parecióme, dijo Ciervo-veloz, que segun hablaba el infante de la dama fugitiva, estaba tan enamorado de ella como ella puede estarlo de Guzman el Bueno. En fin, despues de mi respuesta de que no habíamos visto á la tal señora, el infante, dejando de hablarme de ella, me dijo:

—Toma estos cinco maravedises de oro, como muestra de lo que os daré si cumplís con el encargo que voy á haceros: esto no es mas que daros á probar el oro para que hagais boca; la recompensa será muy grande si me servís como deseo: ya sabeis cómo el infante don Juan cumple las palabras que da á sus buenos servidores: es necesario que á la media noche todos vosotros, bien armados y dispuestos á todo trance, os aposteis junto al camino real, á la salida de la Selva del Abrojo, y espereis á que pase un escuadroncillo de ginetes con los cuales viene el infante don Pedro de Aragon.

—¿Y qué hemos de hacer? pregunté.

—Matarle.

—¿Y es ese el encargo que traíais á Pero Rojo? dijo el caballero.

—Ni mas ni menos, capitán.

—Pero como Pero Rojo ha muerto, ese encargo me lo traeis á mí.

—Cierto, pues sois nuestro capitán.

—Conque ha de pasar despues de mediar la noche por el camino real de Valladolid el infante de Aragon, que viene con propósito de solicitar de la reina se case con él.

—Sí.

—Pues bien, esperaremos al señor infante de Aragon: ahora mismo llamad á la gente.